

LOLES LÓPEZ

*Cómo no
enamorarme
de ti*



Loles López
Cómo no enamorarme de ti

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Loles López, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.860-2025

ISBN: 978-84-08-30934-5

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

MATEO

—Maldita puerta. ¡Joder! —Hago más presión con el destornillador. Como siga así machacaré la cabeza del tornillo y no conseguiré arreglar la bisagra, pero esto se ha convertido en algo entre la puerta y yo... o entre todas mis mierdas y yo. Todavía no lo he decidido—. ¡Cojonudo, y ahora se pone a llover! —farfullo al notar cómo empiezan a caer gotarrones helados sobre mí.

Sin embargo, eso no logra que deje lo que estoy haciendo. Me pongo de lado para ayudarme con mi propio cuerpo y así hacer más fuerza, pero la lluvia impactando de costado debido al viento provoca que el destornillador me resbale y que mi mano choque con violencia contra el filo desconchado de la madera. Cierro los ojos al sentir el dolor punzante que atraviesa todas mis terminaciones nerviosas y que me hace gruñir todas las palabrotas que recuerdo en estos momentos.

—¡Joder, qué puta mala suerte la mía!

—¡Illo! —oigo, y al girarme veo la sonrisa socarrona

de Daniel, que pasa por delante de donde estoy. Vuelvo a mirarme la mano y... ¡me cago en la hostia! Estoy sangrando y todo por culpa de esta condenada puerta y de esta inoportuna lluvia. Le doy un golpetazo a la madera con la mano ensangrentada, provocando que el dolor sea insoportable y me haga cerrar los ojos un segundo. Pero estoy cabreado, joder. Ahora mismo estoy tan furioso que me cargaría este maldito bungaló con mis propias manos—. ¿Qué te está haciendo la puerta?

—Joderme la tarde —mascullo tirando el destornillador de malas maneras dentro de la caja de herramientas, para luego coger un pañuelo e intentar taponarme la herida con él para detener la sangre que sigue saliendo alegremente.

—Creo que hoy deberías terminar un poco antes, parece que va a caer una buena tormenta —me dice, y asiento conforme. El cielo se ha oscurecido tanto por las enormes nubes negras que parece que sea de noche, y me temo que con esta lluvia poco puedo hacer ya—. Voy al bar a ver si hablo un poco con Rebeca —añade refiriéndose a la camarera que lleva trabajando con nosotros desde el pasado mes de abril.

—Nunca he visto a un tío tan cabezón como tú, macho —resoplo y veo que se sube la capucha mientras se encoge de hombros.

—No todos podemos tener esa cara tuya para que caigan rendidas a nuestros pies. A los tíos como yo nos toca currarnos que una chica se fije en nosotros —comenta con tranquilidad—. ¿Nos vemos allí?

—Sí, voy un momento a curarme y enseguida me acerco.

Daniel asiente mientras levanta una mano y prosigue su recorrido hacia el bar.

Cierro la puerta como puedo, para después tirarme el pelo hacia arriba con la mano buena y expulsar el aire con fuerza. Bajo los dos escalones que separan el acceso a este bungalow del suelo y siento sobre mi cuerpo cómo la lluvia cae con más ímpetu y, mientras Daniel ha decidido echar a correr hacia su destino, yo opto por tomármelo con calma y aprovechar los metros que me separan de mi casa para intentar sosegarme, importándome bien poco ir en manga corta y notar que el frío penetra bajo mi piel. Sin embargo, si tengo la mala suerte de encontrarme con mi abuela, eso será imposible, pues sé que me dará la charla. En otras circunstancias no me importaría —la verdad es que estoy hasta acostumbrado a que lo haga—, pero hoy no tengo ganas de nada, y mucho menos de oír que estoy raro desde hace ya demasiado tiempo.

Paso por delante del edificio de ladrillo rojo donde se ubica la recepción del camping, justo enfrente del bar. Enfilo hacia arriba el sendero que hay entre ambas construcciones expulsando el aire con alivio. Parece ser que mi abuela está demasiado ocupada como para estar pendiente de quién pasa frente a la recepción, y ojalá se deba a la llegada de nueva clientela, aunque me temo que más bien está enfrascada en la lectura de alguna revista de cotilleo.

Me fijo en los seis primeros bungalós situados a cada lado del camino, destinados a aquellos clientes que buscan algo pequeño y sin cocina —todos los demás están equipados con una—. De momento están vacíos y solo espero que no se repita el desastroso verano pasado.

Después de estos, hay un almacén bastante grande donde guardamos todo lo necesario para el mantenimiento de las instalaciones, e inmediatamente detrás de

este empiezan los bungalós reservados al personal... Por desgracia, incluso estos están vacíos, y eso que estamos al inicio de temporada alta. Pero aquí solo vivimos mi familia y yo, nadie más...

Me froto el cabello empapado con la vista fija ya en la puerta de mi casa, pero de pronto una luz encendida en el bungaló situado justo delante del mío me hace detenerme en mitad del sendero.

Una luz que lleva sin encenderse demasiado tiempo.

Una luz que no debería estar encendida.

—No puede ser...

Miro el pequeño bungaló de madera como si fuera la primera vez que lo hiciera, cuando en realidad es una imagen habitual en mi día a día. No son figuraciones mías, la luz está encendida, pues se cuelga a través de la compacta cortina gris que tapa el enorme ventanal que ocupa casi toda la pared frontal. Siento cómo me retumba el corazón mientras miro hacia ambos lados del camino desértico, como si esperara a alguien que me dijera qué está pasando o, tal vez, una pista de lo que está ocurriendo esta tarde. Esta cabaña lleva seis meses cerrada por una razón, y si ahora hay signos de que alguien está dentro, quizá...

Sé que no puede ser, sé que es una locura, ¡joder!, pero ¿y si...?

Avanzo hasta allí, decidido a acabar con esta incertidumbre. Subo los dos escalones que separan el porche del suelo, busco la llave que está escondida en la parte superior del marco de la puerta y la abro.

—¿Nacho?

Siento la garganta seca y cómo el corazón me late tan rápido como un Fórmula 1, como si diese por buena esta absurda suposición que ha conseguido que entre en

su casa después de tanto tiempo. Sin embargo, me centro en el momento e intento que mis recuerdos no tomen el control... al tiempo que oigo música que procede del cuarto de baño... Otra vez ese pellizco de esperanza retorciéndose en mi interior me hace caminar en esa dirección. Porque me encantaría poder verlo de pie delante de mí, mostrándome esa sonrisa que tantos meses llevo sin presenciar mientras bromea conmigo. ¡Hostias, incluso echo de menos sus burlas! Deseo que todo vuelva a ser como era antes, que todo lo que ha pasado sea un maldito y macabro sueño.

Por eso he entrado sin llamar.

Por eso siento que me falta el aire, que mi corazón está a punto de reventar y que mis ojos quieren confirmar lo que mi mente ha fabulado con tantas prisas.

De repente, junto a la música, me llega una voz femenina que me hace detenerme de golpe y apretar los puños en un acto reflejo, sintiendo cómo la esperanza se escapa con cada nota musical y es sustituida por algo del todo irracional. La chica está cantando a viva voz una conocida canción de Pablo López, creo recordar que se titula *Quasi*.

La ilusión se esfuma de un plumazo, pero la reemplazo por la rabia, por la ira, por la frustración que llevo arrastrando desde entonces. Porque no puede ser que ella esté aquí, que haya tenido la poca vergüenza de ocupar su bungalow, después de todo lo que ha sucedido.

De todo lo que he hecho.

No pienso.

Ahora mismo el cabreo dirige mis condenados pasos.

—Elena, ¿qué cojones...?

Todo ocurre muy rápido.

Yo abriendo la puerta mientras suelto con rabia esa pregunta que se queda a medias en mis labios al verla.

Esa chica girándose hacia mí con una toalla amarilla en la cabeza envolviendo su pelo y con una enorme camiseta negra desteñida que tapa casi todo su cuerpo.

Abre mucho sus ojos azules, entre confundida y asustada por la intromisión. Sin embargo, lo que más me llama la atención es el extraño potingue que embadurna toda su cara, de un tono verde lodo.

Aun con esas pintas, no tengo dudas de que esta joven no es Elena.

Joder... ¡¡No es Elena!!

Dejo escapar el aire al tiempo que me froto el cabello mojado, dejando finalmente ambas manos en mi nuca... aliviado, hostias, pero también confuso.

—Pero ¿quién te crees que eres para entrar sin llamar? —suelta con voz clara, levemente nasal, mostrándome en esa simple pregunta lo molesta que está.

—¿Y tú? —le recrimino, porque ella no tendría que estar aquí.

Maldita sea, para ser exactos, nadie puede entrar en la casa de Nacho.

Abre la boca dispuesta a contestarme mientras se yergue con valentía, pero de repente sella los labios de golpe, achica los ojos y me mira fijamente alzando un poco el rostro. Es más bajita que yo, algo a lo que estoy más que acostumbrado. Mido un metro noventa y seis y la mayoría de la gente tiene que levantar la cabeza para mirarme a los ojos. Esta chica medirá menos de metro setenta.

—¿Mateo? —dice con un hilo de voz, deteniendo de pronto mis pensamientos, y frunzo el entrecejo al descubrir que me conoce—. ¡Joder, pues claro que eres

Mateo! —Se carcajea de una manera melodiosa que me resulta ligeramente familiar mientras se toca la cara en un acto reflejo. Después se mira los dedos manchados de esa cosa verde y saca la lengua con fastidio—. ¡Mierda, la mascarilla! Si es que no sirvo para estas cosas... Pero te prometo que, aunque ahora mismo parezca la rana Gustavo, soy Penny.

Oír ese nombre después de tanto tiempo provoca que dé un paso hacia atrás involuntariamente. La observo, intentando imaginármela sin eso en la cara, sin la toalla que oculta su cabello, procurando buscar algún rasgo conocido que me indique que no miente y que, en efecto, es quien dice ser.

Me fijo en sus ojos de un azul turquesa muy claro y, de repente, mi mente se llena de imágenes de Penny con Nacho, como pequeños *flashbacks*, riendo, corriendo y haciendo bromas sin parar; su mirada burlona, su sonrisa traviesa, su cabello castaño despeinado y el olor inconfundible a lima y limón...

—¿Penny?

Me sonrío de esa manera que todavía recuerdo, con esa frescura que siempre ha irradiado hiciera lo que hiciese, dejando la punta de su lengua casi visible tras sus dientes, de esa forma pícara que todavía mantiene, para después alzar la mirada al techo mientras niega con la cabeza.

—Al principio no te he reconocido, pero... ese modo de hablar y de mirar como si todo el mundo te cayera mal te ha delatado —dice con alegría. Sin embargo, algo la lleva a quedarse callada y a ponerse seria de golpe y porrazo, como si hubiese recordado algo de repente.

Veo cómo aprieta los labios de ese modo que he visto tanto hacer en el último año en distintas personas,

como si me estuviera alertando de que volveré a oír esa manida frase que se dice sin pensar, por formalismo, y que nadie sospecha lo mucho que me jode; esa que no me hace sentir bien, sino que, en realidad, me recuerda todo lo que perdí en un segundo.

—¿Qué haces aquí? —suelto interrumpiendo lo que intuyo que va a pronunciar y me percato de que mi tono brusco ha provocado que ella me mire confundida.

—Eh... Voy a trabajar este verano aquí.

—¡Ni de coña!

—Mateo —dice dando un paso hacia mí, pero después se muerde el labio inferior y baja la vista al suelo—. Tu abuela me ha contado lo sucedido y... ¡Maldita sea! No sabes cuánto siento no haber venido antes y...

—Ya —la interrumpo de nuevo.

Porque no quiero que lo verbalice.

Porque no necesito oírlo.

Porque me he cansado de que la gente finja que entiende por lo que estamos pasando desde entonces.

—Tu abuela me ha explicado que...

—Mi abuela —la corto por tercera vez, y creo que mi voz ha sonado todavía más brusca que antes, pero todo esto me está sobrepasando—, no sé lo que te habrá dicho o prometido, pero no te puedes quedar aquí y mucho menos a trabajar este verano. No te preocupes, no soy tan cruel como para obligarte a que te vayas ahora mismo, pero mañana te largas —añado para después darme media vuelta, dispuesto a irme.

—Mateo, ¡mierda, escúchame!, no puedo marcharme hasta que acabe el verano.

A pesar de sus palabras, no me giro para contestarle ni para seguir discutiendo con ella, pues he decidido salir de este bungalow y alejarme de su inesperada pre-

sencia, que me ha hecho recordar esos veranos en los que no existían las preocupaciones y todo era perfecto, cuando todavía no había ocurrido nada. Pero, sobre todo, me largo de aquí para poner fin a este sinsentido que ha creado mi abuela.

Ni siquiera la lluvia consigue calmarme mientras vuelvo a tomar el sendero, ahora en sentido inverso para ir a la recepción. Al entrar, mi abuela levanta la cabeza y arruga sus grises cejas al tiempo que cierra la revista de cotilleo que la mantenía entretenida.

—¡Osz, illo! —suelta ella nada más verme—. ¿Está lloviendo?

—Un poco —respondo mientras me quito el exceso de agua de la cara con ambas manos y me doy cuenta en este momento de que el pañuelo que llevo en una se ha mojado con el agua y, ¡joder!, sigo sangrando, tanto que me he manchado los vaqueros. Me acerco al mostrador para buscar algo con que curarme y parar la hemorragia de una vez.

—¿Qué te has hecho, hijo?

—Un rasguño —susurro cogiendo el botiquín. Me echo un poco de yodo en el corte y luego me pongo una tirita—. ¿Qué hace aquí Penny?

Mi abuela abre más los ojos, asombrada, para después encogerse de hombros y esconder una sonrisilla de culpable.

Menuda es cuando quiere...

—Esta mañana a primera hora ha llamado al camping. No os lo he contado porque ella quería que fuera una sorpresa —murmura y resoplo con rabia porque me hubiese gustado saberlo y así ahorrarle el viaje—. Hemos estado hablando de todo un poco y... me ha preguntado si había una vacante para trabajar este verano aquí —añade como si nada.

—Y, por supuesto, le has dicho que sí.

—Claro, ¡es vuestra amiga!

—Lo fue en el pasado, nana, y siempre ha sido más amiga de Nacho que mía —replico con la misma rabia de antes—. En todo caso, ese no es el tema. No podemos contratar a nadie más. Estamos peor que mal. Solo espero que este año podamos recuperarnos y ponernos al día con los pagos.

—Lo sé, Mateo. Tu abuela no es tonta. Penny va a trabajar a cambio de un salario ridículo, que completaremos con el alojamiento y la comida, nada más. Como ves, un chollo.

—Me da igual. No se va a quedar y mucho menos en ese bungaló.

—¿Cómo que no? Necesitamos gente. No podemos hacer frente a la temporada estival con los que somos y ella es la solución que necesitábamos este año. Nadie nos va a costar tan poco como ella, hijo.

—Para llevar el camping como es debido, nos harían falta, por lo menos, cinco personas más y no una que... a saber qué conocimientos y capacidades tiene.

—Por lo menos no estaremos tan estresados porque tendremos un par de manos más para ayudar. No seas tan *desaborío*, niño, y acepta que se va a quedar —suelta mientras me guiña un ojo—. Además, le di mi palabra a Penny de que se podía quedar aquí todo el verano y eso es lo que hará.

—Ya veo que no tengo ni voz ni voto en este asunto, nana —bufó, y veo cómo mi abuela sonrío tímidamente—. Pero mañana le das otro bungaló. No quiero que esté en el de Nacho.

—¿Por qué no? Lleva vacío medio año, es el que mejor cuidado está y no voy a moverla porque a ti te dé

la gana. ¡No sé qué te pasa con esta chica! Habéis sido amigos desde niños, así que Penny no es ninguna extraña para quitarla de ahí. Además, ya va siendo hora de que aceptemos que las cosas han cambiado —replica con seriedad mientras asiente una vez, reafirmando sus argumentos.

Me paso la mano por el pelo para que deje de gotearme en la cara y niego con la cabeza al tiempo que se repite esa última frase lapidaria en mi mente.

Odio que todo haya cambiado y no poder hacer nada para evitarlo. Pero saber que Penny se va a quedar unos cuantos meses provoca que esté nervioso y todavía más cabreado de lo que ya de por sí estaba.

No sé qué hace aquí después de tanto tiempo sin saber de ella.

No sé cómo va a afectar su presencia después de todo lo que ha pasado.

No sé si voy a soportar verla de nuevo todos los días, como aquellos agostos que veraneaba aquí.